

Transgresiones de la sensibilidad

Cualquiera de la infinidad de criadas

Transgresiones de la sensibilidad

Sin bucarra, jarra, peregrietas que pudiesen ser resposidrar con una obviedad

Una vez por uno no me acordé nunca intento — aunque sí doña Concha si la hubiera lo me acordé — por saber quién había sido, toda vez que poner un ejemplo, un tal don Hilarión al que no era posible no acudir mentalmente al referente a la habitación de la enferma, grande, con balcones y paredes de madera maciza y cocina y cama con dosel, una hermosa de habitación, en suma, la mejor al parecer de la casa de aquel señor su dueño que muy rico y de apellido escarabajo que vivía al otro lado del parque y, como no se relacionaba con nadie y se sabía propietario de él, resultaba un terreno maravillosamente abonado para — si quien lo cultivaba el ojo era persona práctica con obra de agricultor — plantar repeticiones que arraigaban sin sentir y oculta la arveja, ya lo vería, de todos cuantos hasta la fecha no han tenido apilase para avientar en la mala suerte de las repeticiones, o en campo amplísimo, una estensa pradera en la que se podría — caso de que cayera en manos o en manos de algún extranjero o vago o desocupado u holgazán — dar rienda suelta a la birchota de una imitación multicolor y multiforme que se elevaba en el cielo azul gentil y azulado, por poner otro ejemplo — como casa excepcional, hay que decirlo, había cuenta de que los segundos cuartos se solían reservar para ocasiones muy señaladas o casos de extrema necesidad —, quién la había caído a ella con un tipo como papá.

Papá, así vez por aquello de la confortabilidad aunque por atropello al buen gusto y sin querer porque la psicología era una de las tantas materias en que analizamos cosas, era otra cosa; emendándose por casa "casa", propiamente y en toda la extensión de la palabra había cuenta de que papá era, entre nosotros, algo muy raro al parecer o, con mayor exactitud y dadas sus condiciones, al serme buda de grano y sonrisa imperforable que llevaba pondo en el mundo — o sea si recoleto y alborotado — sobre un pedestal de lo mismo con leyenda en relieve, que nunca había nadie porque aparte de estar en otro idioma no se veían las letras tan erosionadas por la lluvia y el viento, un par de siglos o más.

Porque la casa — siempre tenía que haber alguien que lo explicase para, si Purificación no estaba o no quería o no tardó en venir por lo que fuera, podía hacerse cualquiera puesto que era algo que sabía todo el mundo — era antiguaísima y había pertenecido a otras gentes.

Papá, en cambio, siempre había sido nuestro — y esto, que también tenía inexcusablemente que haber alguien que lo explicase aunque no era forzoso que fuese el mismo al quien anterior, comportaba el compromiso implícito de apuntar este de la familia, del mismo, quiero decir que

que habíamos tenido antes de que la desgracia descendiese sobre nuestras cabezas sumiéndonos en una mendacidad de la que iba a resultarnos muy difícil salir en tanto no asumiéramos uno por uno la verdad de qué nos estaba pasando y lográsemos hacer comprender a todos los demás — incluso a don Sisenio el cura, que nos había dado la espalda muy alarmado y ya ni quería venir a jugar con el abuelo y los otros temeroso, tal vez, de que no le fuésemos a dar de merendar — que no, que no nos habíamos vuelto ni más pobres ni menos menesterosos de lo que ya fuésemos; que el problema no era ese y que no habían entendido mal.

—Eso ya lo sabemos — repuso mamá en cierta ocasión sin inmutarse sirviendo, aquella noche, con naturalidad encantadora, un cucharón de mazamorrilla en cada plato —; pero habrás de convenir en que, habiendo dicho, llanamente, “una mentira”, todo estaría resultando más auténtico, no tan de cartón piedra.

Y me miraba acusadora, como si yo fuese “el” culpable, yo quien no había sabido evidenciar con las palabras, con sus palabras, la verosimilitud del mundo en que nos movíamos y nuestras situaciones respectivas; el papel, en una palabra — “a ser posible”, no dejaba de encarecer doña Telma aunque, y eso que algunos tenían una capacidad de síntesis digna de encomio, podían ser algunas veces hasta diez o doce — que cada uno estábamos desempeñando dentro de él.

Papá, entonces y justo ahí salvo que estuviera siendo Ciriaco de el Valle tan despistado, solía decir indefectiblemente “bueno”.

—Bueno — papá **posando porque, a veces, cuando, por poner por caso, el monótono transcurrir del cada día se quebraba con algún acontecimiento que quedase muy, muy fuera de lo usual, se transformaba en un ser pensante y sintiente y, aquella noche, ya porque mamá estuviese algo alterada por culpa del tío Astolfo, o incluso del tío Emiliano, como era tan sensible, o ya porque distraída con sus cosas pelase patatas de más o pusiera agua de menos el caso fue que la**

Transgresiones de la sensibilidad

Cualquiera de la infinidad de criadas

mazamorrilla salió tan espesa que era imposible comerla con cuchara y, por eso, papá pudo posar el tenedor en el borde del plato con perfecta sensatez y, con todo el aplomo que la ocasión requería, proseguir —: dadle tiempo y se irá soltando, como nos hemos ido soltando y acostumbrando todos; nadie nace enseñado y hemos de tener en cuenta —consideró, contemplando caviloso el plato y retomando el tenedor — que esto es nada más el principio.

—Vaya, ¡cómo lo siento! — Mamá, mirando también su plato con cara de enorme desolación —, pero es la primera vez que... En fin, procuraré...

— ¡Pero, chiquitina — la abuela, pobre, con aquella lengüecilla —, todos cometemos fallos!, pequeños errores, algún acto que no armoniza con la esencia de nuestro propio ser que confunde no sólo a los demás sino a nosotros mismos...

—Oh — mamá, de súbito calmada y arrancándole suavemente de las manos el conejo que había hecho con la servilleta y, había de suponerse, enorme dificultad —, eso es evidente, pero, aun así...

—Aun así — Quiteria que de forma inexplicable *«tan parlanchina» como, por utilizar uno de los eufemismos muy del gusto del tío Emiliano, acostumbraba mostrarse, hoy permanecía silenciosa y con la mirada perdida en Dios sabe qué punto de luz de los muchos que iluminaban, aquí y allá, la lujosa estancia en que habitaba inundándola hasta el último rincón al extremo, inusitado, de que algún ángulo no del todo muerto pero casi se desperezaba bostezando ruidosamente al sentir el roce leve, suave, de la mano de la abuela intentando con ademán demasiado brusco para una complexión tan endeble no dejarse arrebatarse su obra de arte* volvió en sí con un pequeño respingo rompiendo con un hilo de su voz más bien chillona el hechizo del lugar y poniendo en su sitio la jarra del agua que alguien había colocado encima de la lavadora cuando, nadie lo podía ignorar a aquellas alturas, ahí iba de siempre la barra de pan **apuntando**, a continuación —: no pasa nada por no ser en todo momento y absolutamente a tope lo que debe darse por hecho que se puede llegar a ser...

Y, devolviendo el conejo a las manos de la abuela que — si la lograbas convencer de que era un juego, ¡angelito! — hipaba llorosa, que

Transgresiones de la sensibilidad

Cualquiera de la infinidad de criadas

cuando se coloca el listón demasiado alto se corre el riesgo de no poderlo saltar.

Luego, tras una sacudida como cuando se siente en el cogote una bocanada de aire frío frotándose quien la nota los brazos con ambas manos, dio un par de palmaditas y declaró muy contenta y con su voz de siempre que ya estaba bien, y que no quería más mazamorrilla y que ardía en deseos de ponerse a trabajar.

Y aunque mamá hubo de disponer deprisa y corriendo que sin haber ni levantado los manteles ni pasado a la salita rosa a tomar el café vinieran a llevársela *entre cuatro...o cinco, porque uno de los designados ese día tenía un gemelo del que no se separaba jamás, y la subieran a la habitación y la encerraran y le administrasen la pastilla que cuál iba a ser «pues la que se le da siempre cuando se pone con el berrengue», dijo, y que encontrarían el tubo en el armarito del baño pero sólo si se daban prisa porque, de lo contrario, papá se adelantaría a esconderlas para que no se las tomara porque solía estar encantado de que alguien tuviese uno de esos momentitos de sentido común que permitían que regresáramos, todos, a la normalidad y, él, a su laboratorio a continuar con sus estudios* se sintió bastante satisfecha de sí misma porque, si era cierto que no había estado del todo brillante, no era menos verdad que su actuación había resultado perfectamente digna para tratarse de una primera vez *aun a sabiendas de que qué más daba porque la mutabilidad del espacio en que nos movíamos y el estancamiento a que el tiempo por naturaleza huidizo se dejaba someter a duras penas se estaban cobrando un tributo extraño y en una especie rara, inútil para su exiguo fin, tan harto lábil* aparentando, eso sí, no darse cuenta ni importancia y, más, considerando — como él tan bien dijese — que esto, “aquello” en su caso, era sólo el principio *salvo en el supuesto, poco probable, de que aun tan despistado no estuviese siendo — ya por propia voluntad expresada de viva voz y libremente, ya por indicación de la señorita de turno obedecida a regañadientes — aunque nada más de manera ocasional y por puro compromiso alguien tan meticuloso, obsesivo y tenaz, como Ciriaco de el Valle.*

Estas “intromisiones”, decía la señorita Violeta, “tan largas y prolijas y farragosas; a mí... ¿qué queréis que os diga?: me sacan de quicio”.